

## LA SALOMÉ DE LA XIRGU EN CANARIAS

Sergio Constán

El último tercio del siglo XIX aprovechó artísticamente la imagen de Salomé como a ninguna otra figura bíblica. Aquella ambigua virginidad suya que muestran los evangelios bastó para conformarla como *femme fatale* finisecular, con una danza de los siete velos que daría tema a no pocos creadores: Flaubert, con su relato *Herodías*; los versos de la *Hérodíade* de Mallarmé y los cuadros de Gustave Moreau, catapultados ambos por Huysmans en *A contrapelo*; ya en los albores del nuevo siglo, la magnífica ópera de Richard Strauss. Dentro de esta tendencia artística *fin de siècle*, fue la versión de Oscar Wilde la que tensó las posibilidades creativas hasta el límite, logrando consolidar a la princesa idumea no sólo como ídolo de la fatalidad, sino como expresión del deseo sexual irrefrenable, de aquello que Cansinos Assens llamó el «sexo invulnerado y vulnerable»<sup>(1)</sup>. La particular vuelta de tuerca del autor, que necesariamente habría de pasar por el beso culminante de la bailarina en los labios del decapitado profeta, devolvía una peligrosa lectura que estuvo siempre en los evangelios, acaso vedada por los efectos de una moral hasta entonces intocable.

Con elementos de esta naturaleza, la pieza de Wilde se expuso desde el principio a no pasar precisamente desapercibida en los teatros de la época. En el caso de España, con butacas ocupadas, en su mayoría, por una burguesía deseosa de ver actuar a Margarita Xirgu, pero poco dada a los desafíos morales, las primeras representaciones que se ofrecieron no dejarían de estar acompañadas de polémica. Ni el estreno madrileño en el Teatro de la Princesa, en 1914, ni el que cuatro años antes había supuesto su primer desvelo en catalán, en el Teatro Principal de Barcelona, pudieron escapar a las más reaccionarias sensibilidades.

Pero nos interesa aquí conocer la suerte que esta *Salomé* de la Xirgu corrió en las Islas Canarias, un año antes de que Madrid pudiera disfrutar de la obra. La compañía de la actriz venía de representar en Málaga, por primera vez en castellano, el poema trágico de Wilde, y su llegada al archipiélago fue anunciada por la prensa desde los primeros días de abril de 1913. De modo inmediato, medios escritos como *La Provincia* o *El Tribuno* se hicieron eco del repertorio que se brindaba al público canario, expectante ante un

acontecimiento escénico de primera línea. Y es que al margen del buen número de interesantes obras que la Xirgu llevaba-agua nueva, sin duda, para aquel sediento panorama cultural-, a la actriz catalana se la empezaba ya a vislumbrar como la Sarah Bernhardt española, como la gran diva internacional en la que, finalmente, acabaría convirtiéndose. La compañía llegaría a las Islas el 9 de abril a bordo del vapor Infanta Isabel de Borbón, con unos títulos que escenificarían inmediatamente después en los principales teatros de Argentina, Uruguay y Chile.

La presencia en el repertorio de Zazá, de Pierre Berton y Charles Simon, pero sobre todo, de la *Salomé* de Wilde, pronto empezaría a inquietar a los grupos más conservadores de la sociedad isleña. Un primer aviso parece hallarse ya en una crítica teatral de la opereta italiana *La geisha*: «Bien se ve que aún no han entrado en acción las damas de Estropajosa, que se reservan para cuando venga la Xirgu e interprete *Salomé* y *Zazá*. Por ahora nada tienen que hacer, ya que es sabido cuánto gana la moral cantada en italiano»<sup>(2)</sup>. No será ésta la única ocasión en que se tache de «damas de Estropajosa» al sector del público más reaccionario; recordemos que con este apelativo se está haciendo referencia a *Las bribonas*, la zarzuela que tanto éxito alcanzó en 1908, y que tanta polvareda logró levantar entre

Sepa la genial artista que si hasta ella llegasen mujerles rumores encaminados a evitar la representación de *Salomé*, ellos tan solo obra de espíritus pequeños vestidos con el falso ropaje de una pudibundez ridícula.<sup>(3)</sup>

Es Suárez León quien firma estas líneas, un crítico que se alinea sin fisuras con la independencia artística, al tiempo que arremete contra la hipócrita moralidad de las Islas:

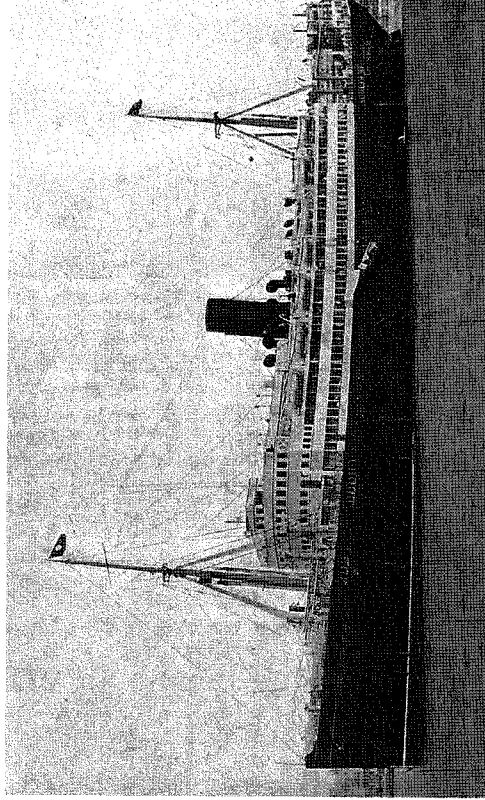
Y yo pienso que el solo hecho de hacer campaña en este sentido, es la mayor prueba de desmoralización que darse puede; pues ya se prescinde del aspecto artístico que la obra encierra, para atender a minucias y detalles que aun siendo la obra de la misma vida, alguien las considera ofensivas a *la moral* y al *recato*-esos dos antífaces de una sociedad engañosa.

Queremos ver arte, originalidad, *osadías*,-si así quieren llamarlo-, antes que conocidas rutinas ya hechas en anteriores épocas por otros artistas.

Ya en la función ofrecida en Tenerife se habían detectado voces críticas y protestas de algún género, provenientes de los focos más conservadores. Así, la mañana anterior al estreno de *Salomé*, el domingo 13 de abril, el crítico Jacinto Terry advertía en el diario republicano *La Prensa*: «es posible que los que aplaudieron furiosamente *La corte del Faraón* digan que es inmoral el cuadro que Oscar Wilde ha sacado de la Biblia para llevarlo al teatro»<sup>(4)</sup>. Lo cierto es que en la crítica del día siguiente se recoge una general aceptación del público respecto a la obra wildiana, consignándose incluso su innegable ovación.

Pero fue, sin duda, en la Isla vecina, donde mayores agitaciones generó el acontecimiento. A pocos días del estreno de *Salomé* en el Teatro Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria, el semanario *El*

Vapor «Infanta Isabel de Borbón»



conservadores y progresistas. En aquella pieza de Antonio Martínez Viérgol y Rafael Calleja, una compañía de variedades llegaba al pueblo de Estropajosa, en donde sus beatas, con la alcaldesa al frente, tratarían de impedir a toda costa la representación de lo que consideraban una obra inmoral. Como no podía ser de otro modo, también las particulares *bribonas* canarias harían lo imposible por evitar la puesta en escena de la obra de Wilde, algo que puede inferirse de la columna «De arte», publicada en *El Tribuno* a mediados de abril. Se ofrecen allí unas admirativas líneas a Margarita Xirgu, a quien se le advierte:

*Tradicionalista* pedía a la población que no asistiera a una de las piezas de lo que consideraba, ya de por sí, un repertorio «inmoral y pornográfico», cual era el anunciado por la compañía. Este medio, que se erigía en «órgano de la juventud tradicionalista de Las Palmas», movilizaba a los suyos tachando el evento de indecente, y denunciando todo un ultraje a la cultura canaria; por ello profería sin ambages: «Alerta, católicos de Las Palmas»<sup>(5)</sup>. En estas apocalípticas líneas que presentaron bajo el titular de «Escandaloso», afirmaban no querer manchar las páginas del semanario refiriendo el argumento «impío, inmoral y sacrilego» de *Salomé* (tampoco quisieron hacerlo citando el

nombre de su autor); si debieron de encontrar arrestos para aludir al «inmundo, asqueroso y lascivo baile» de la heroína bíblica, el mismo que habría de ejecutar Margarita Xirgu ante el auditorio grancañario.

obra de Wilde en una sociedad provinciana, ya desde su experiencia en Barcelona. Las viscerales reacciones provocadas en la capital catalana habían obligado a trasladar la *Salomé* a los teatros del Paralelo, ante una más liberal mentalidad del



El Teatro Pérez Galdós en la época en que la Compañía Xirgu representó en Las Palmas de Gran Canaria. (Archivo FEDAC)

De nuevo, desde el diario de signo republicano *El Tribuno* se respondería a este llamamiento, ahora con motivo de la representación de *Frou-Frou*: «Se ve que no ha producido efecto alguno la sofama de *El Tradicionalista* del sábado. Respiremos. En Las Palmas hay algo más que jaimistas y damas de Estropajosa»<sup>(6)</sup>. A pesar del positivo prisma desde el que quiere juzgar *El Tribuno* la recepción, en este caso, de la comedia de Meilhac y Halévy, no se le escapan a su crítico algunas reacciones artificiales entre los espectadores, que parecen responder a un estado previo de conciliación. Es el caso -y así lo cita- de los murmullos que se escucharon ante un casto beso del actor Thuillier a la Xirgu; tal comportamiento, en efecto, sólo confirmaba que «esta campaña gazmoña que ha venido haciéndose desde que se anunció que esta compañía iba a representar *Salomé* y *Zazá* ha causado en parte del público una injustificable prevención contra supuestos atrevimientos».

Así era. La campaña mediática ya estaba servida, e iría calando hondo en la población. En la apenas página y media que Antonina Rodrigo dedica al paso de la diva catalana por Canarias, la biografía refiere el «repiqueo de las campanas de las iglesias palmeñas, tocando a rebato»<sup>(7)</sup>, como si la mismísima peste hubiera llegado a la capital. La compañía Xirgu era perfectamente consciente de la complicada recepción de la

público. Por todo ello, Emilio Thuillier, primer galán y director de la compañía, defendía así la pureza de la pieza, en una entrevista firmada por «El curioso impertinente» en *El Tribuno*:

*Salomé* no es ni más ni menos moral que un sin fin de obras que se están representando a diario sin protesta de nadie [...]. *Salomé* es sencillamente una obra de arte en que el admirable Oscar Wilde ha empleado los recursos escénicos originales, nuevos; pero, no hay en ella nada lúbrico ni grosero que no pueda ser presenciado por la dama que en más estime su castidad de pensamiento.<sup>(8)</sup>

A continuación, Thuillier pedía al público canario que ocupara su butaca sin ningún prejuicio, sin la obsesión previa de que lo que se iba a contemplar fuera un espectáculo immoral, ya que *Salomé*, afirmaba, «ha sido representada ante públicos delicadísimos de epidermis, y nadie ha visto en ella lo que no contiene. No sé por qué había de suceder aquí otra cosa, ni a qué vienen ciertas campañas inexplicables».

En la misma línea se había expresado, cinco días antes, Enrique Ferré, secretario particular del propietario de la compañía Xirgu, Faustino Darosa. Lo hacía en una «Charla sobre la Xirgu» en el *Diario de Las Palmas*, al ser preguntado por el temor de que el anuncio de esta obra retrajera a algún sector del público:

